

## ESBOZOS DE UNA ROMERÍA

Vamos a Frama, niña,  
vamos a Frama,  
que allí está San Bartolo  
que nos aguarda;

Vamos a Frama, vamos a Frama,  
cantan los romeros al son de las mú-  
sicas cascabelinas y el tenue vaivén  
de los coches que ruedan entre tol-  
vaneras de polvo caminito de la ro-  
mería.

Los pañuelos blancos, los pañue-  
los rojos en las cabezas de las mo-  
zuelas; las blusas azules, las cha-  
quetas a medio cuerpo, los palos  
de acebo chamuscados, en mano de  
los jaques, quedan a nuestra espalda  
plasmados en cuadros de luz pere-  
grinantes que llenan de sonora ale-  
gría lo largo de la carretera; como  
cinta de plata, donde la blancura de  
unas casitas duerme entre el gris de  
las labradas, rompe, aquélla, el hos-  
co silencio de la campaña, coronan-

do al pueblo suspendido sobre las márgenes del Bullón.

Los cohetes trazan signos de fuego y estallan en el aire ahíto de pólvora y olor a fritanga; los esquilones clamorean con inusitado acento en lo alto de la torre y el pueblo despierta al bullicio de una vida nueva, porque es el día de su Patrono y no falta vino en la «carraleja» bien repleta; y leche en las ollas que están hasta los topes y arroz y azúcar y natillas en el arca bien rellena; por la mañana es el convidar a los forasteros a «echar la parra» en la taberna el que no ha hecho acopio y salir en su compañía a recorrer el pueblo, porque las tribunas están como las propias rosas «adornaas como el púlpito de una catedral» y la bolera «pulía» como una mesa, y a la iglesia trajeron música en un «aparatu» que unos le llaman «argomium» y otros «muérganu» y en el campo bailes con premios, carreras, cucañas, verbenas, fuegos artificiales y comida a los pobres. Es el



prematureo paladear del placer que bulle en los corazones, es la dulcísima preocupación de las emociones grandes, porque van a venir partidas de bolos de lo «mejorcitu», cantores afamados y cada bailador que «le zumba».

Donde está el baile están las mozas garridas, las mozas frescas y coloradotas como rosas, y los mozos alegres; y donde hay carreras en bicicletas o en caballos, hay tribunas y allí están las señoritas «majas y enrrepoliscaas que da gloria y después vaya un agoler y un dale que dale con los abanicos ¡aunque te se estén atereciendo de friu!»

El espíritu se va saturando suavemente de ese ambiente profano-religioso, pero profundo, casticísimamente lebaniego, que reina en todos los corazones, porque todos somos de Liébana y de la unidad de actos se infiere la unidad de ideas; el que es niño se hace mozo, el mozo se hace hombre, el hombre se siente remozado y el anciano es feliz a la contemplación de su pretérito.

Liébana, el rinconcito olvidado, el verjel de Cantabria, despeñado en las profundidades de la cordillera pirenaica como en el seno de un inmenso cráter, coronada de eternas brumas, enquistada en una extensísima cadena de montes, creada por el resoplido intermitente y perpetuo de «La Ventosa» que, ahuyentando toda corriente de cultura y educación modernas, parece anonadarlas bajo la pavura de su fértil gigantesco. Liébana que en el holgorio de sus fiestas y de sus romerías poniendo el sello de lo tradicional y arcaico no había sabido encarnar en la poesía innata y espontánea del terruño la poesía del arte, dá hoy el primer ejemplo.

Frama lleva la gloria de tan feliz iniciativa; doce jovencitos humildes, aplicados, sencillones como casi todos los niños lebaniegos, olvidados ya de sus faenas escolares tras un largo período de asueto, contienden en reñido exámen disputándose cuatro lotes de libros, regalo del ilus-



trado y filántropo don Gabriel G. Maroto. Preside el acto el digno párroco de Frama e integran el tribunal los señores García (don Carlos), Fernández Cavada (don León), García Maroto (don Gabriel) y Peral (don Juan).

Asiste distinguida concurrencia de Frama, que dan al cuadro un carácter altamente simpático; es un acto tiernísimo y conmovedor.

¡Ojalá que todos los pueblos de Liébana dieran a sus romerías la nota altruista de este festejo tan enaltecedor como educativo.

De la precocidad y caudal de conocimientos de los exzminados bien claro habla el resultado final de los ejercicios.

El niño Benjamín García gana el primer premio que le constituyen cuatro hermosísimos libros; tras un examen comparativo por igualdad de puntos en el general, entre los niños Ricardo Bedoya y Similiano García, obtiene el primero el segundo premio de tres libros; otórgase el tercer premio a Similiano García y el cuarto es asignado al niño Ambrosio Díez. Animo y loor a los jóvenes escolares que tan bien

patentizaron, su aprovechamiento y mil plácemes a su dignísimo profesor, don Santiago Gil, por su asidua laboriosidad y constancia que son el rocío que fecundice estas florecillas nacidas para alegrar la áspera peregrinación por el camino de la didáctica.

En la iglesia un vaho de llama sofoca los cuerpos; el incienso, la cera, las flores, la goma en los trajes nuevos de los muchachos, huele todo a gloria, a día grande; ocupa la Sagrada Cátedra el sacerdote don Santiago Lobato, quien en vibrantes frases de inspiración sagrada, dición copiosa y galana, hace el panegírico de San Bartolomé, patrono del pueblo; la orquestación del armonium, a cargo del popular Viñas, ameniza la misa, que canta él mismo con la afinación y estilo en él peculiar.

Bellísimo rasgo de caridad y abnegación cristiana, la comida a los pobres; 70 comensales, abundante y bien aderezada comida, con el clá-



sico vinillo, falta de nada y derroches de buen humor.

Sirven las señoritas Jesusa Cuevas, Eduarda Pando y Rosa Cabeza, quienes si caritativas harían monjitas inimitables, esmeradas y pulcras serían insustituibles camareras.

Las tribunas, polícromas de banderitas y de flores, donde el júbilo sonríe y el amor florece, alzanse al lado de la carretera; la gaita suspira un compás de nuevas melodías al son del tamboril que en su ta-ran-tan monótono confúndese al zumbante murmullo de la juventud.

Vendedoras anuncian su mercancía «¡peras, melocotones, a «rial» la libra! ¡puros de dulce a perra gorda! ¿Compran algo...?» y los paquetitos se abren en las cestas despidiendo un suave perfume de almíbar y miel soleada que es la tentación de los rapazuelos y la ternura de las niñas viejas. ¡Oh, los melocotones, coloradicos y bellosos como mejillas de lebaniega; yo os bendigo, porque me oleis a terruño, me gustais a fiesta, a bullicio, a tradición, a renacimiento de tiempos clásicos.

Comienza la carrera de cintas en bicicleta; hay inscriptos 11 corredo-

res; las cintas son preciosas; como las bellas que las bordaron. Unas manos blancas las acarician haciéndolas flamear a la luz del sol que en brillantes reverberos hace resaltar la primorosa combinación de sus colores. En el estrado hay algunas señoras y encantadoras niñas, todas gentilmente ataviadas; presiden el festejo las señoritas Jesusa Cuevas, Eduarda Pando y la señora Antonia F. de Narero graciosas y elegantes con sus trajes de manolas, parecían la representación de la alegría y la juventud en la corte del amor. Los corredores y el número de cintas que cada uno obtiene son los siguientes: Máximo F. Cavada, 2; Leopoldo Salceda, 2; Antonio D. Cuevas, 2; José Herrero, 2; Jesús Montes, de Luriego, 2; Felipe Villarán, 2; Alfredo Robles, 1, y Robles petit, 1.

Ni un accidente, ni una paletada que macule el cuadro transparente de animación! vida y sano regocijo.



Ora en un desmayo largo y somnoliento, ora en un ay, ay, ay, chillón y bullanguero, la gaita va arracimando la muchedumbre en torno al redondel; son numerosos los concursantes a los premios del baile. Obtienen premio: Victoriano Báscones y pareja el primero; la de Lola Escalona el segundo y la del pequeño Robles el tercero, iniciándose consecutivamente el concurso de canto.

Hermosas canciones nos deleitaron durante nuestra breve audición, robustas y bien timbradas de gargantas lebaniegas, pero las tonadas eran exóticas, del extrarradio de nuestra comarca, asimiladas por la necesidad al alma regional profanando la autenticidad de nuestra exhausta inspiración popular. Concurran cinco cantadoras y cinco cantadores y obtienen los premios: primero, Jesusa Revilla, de Torices; el segundo el joven Vicente (cochero) y el tercero Nino Villazán, de Potes.

Los juegos de don Sinocho, el torno y las ollas con sus incidentes cómicos produjeron hilaridad general entre el público, que se retiró satisfechísimo; las carreras de cintas en astros fué otro de los festejos graciosísimos y, en la pedestre, obtiene el premio el joven Pío Bedolla.

Concurso monstruo de bolos pudiérase llamar el de Framá, por no haber tenido rival entre los celebrados en Liébana en nuestros tiempos; se inscriben 31 partidas, juegan 27; cuatro no pueden acudir a la palestra por la premura del tiempo, que, en caso contrario, le hubiera hecho indefinido; allí estaban los campeones, los atletas de bolera, recordando con sus rítmicas contracciones y balanceos las viejas alegorías románicas de los jugadores del disco.



Gana el primer premio de 150 pesetas la partida de Viñón, capitaneada por don Alfredo González; el segundo, de 100 pesetas, la de Tama, que dirigen los hermanos Almirante; el tercero, de 50, la de Cabezón, cuyo jefe es don Jose Parra y cierra el concurso la de Buyezo, de Daniel Vélez, obsequiada con un hermoso gallo por obtener el campeonato de la viceversa; doña Concepción Santos de Gil, poseedora del número 711, es agraciada con un magnífico reloj que se rifa al finalizar el concurso.

Cuatro días de festejos; dos de carreras, bailes, etc., dos de concurso de bolos, otro de merienda a las lindísimas presidentas de las carreras... ¡Albricias, pueblo, y espléndidos comisionados: Santiago Gil, Santos Pando, José P. Fernández, y Luis Santos, habeis roto la modorra de los retrogadistas y mostrado a los apáticos que la unión y la constancia son los medios para salvar las empresas difíciles.